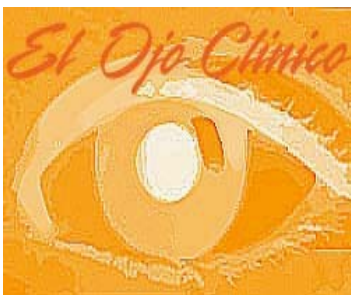


## Afinando el ojo



Estrenado un blanco uniforme de médico, lapicera estilográfica y un nuevo estetoscopio, llegué una mañana fría de agosto, con más ilusiones que experiencia, a tomar mi puesto de trabajo en el hospital más grande de toda la ciudad. Como médico de la guardia, pretendía dejar una excelente impresión, tanto entre los veteranos colegas como entre los innumerables enfermos que aguardaban pacientes, ser atendidos y escuchados.

Me registré en la oficina de personal. Compré el diario por si había un hueco de ausencia entre pacientes, donde poder leerlo. Me presenté ante el Jefe de la guardia y los enfermeros de mi turno y luego de mirarme por duodécima vez en el espejo, respiré hondo, tragué saliva y echando los hombros hacia atrás, traspuse con hidalga figura la atiborrada sala de espera, camino al consultorio número tres. Tres es un lindo número para empezar a ejercer, me dije a mí mismo.

Los ojos de los pacientes y acompañantes, siguieron mi majestuoso desplazamiento. Una veinteañera de larga cabellera rubia, me ofreció su mejor perfil. Una veterana de mil lances amorosos, me sonrió desde los pocos dientes que aun le quedaban, buscando compensar su belleza marchita, con el brillo de un rostro alegre. Una anciana obesa, sentada y encorvada, levantó sus ojos y me miró suplicante. Una vocesita de niño con el dedo en la boca, le preguntó tímidamente a su madre si yo, era el doctor. Y en el fondo de la sala, adiviné en una fracción de segundo, unos ojos negros de hombre, enmarcados en unas espesas cejas, que se clavaron llamativamente en mi doctoral presencia. ¿Por qué me estará mirando así? ¿Quién será ese tipo? ¿Qué quiere?

Un dolor de cabeza. Una presión elevada. Un dolor de cintura. Una angina que no respondía a los antibióticos. Uno a uno, fueron pasando personas y enfermedades en una cinta sinfín. Pero yo respondía y estaba satisfecho. Sorteando con verdadero entusiasmo, cada problema médico que me desafiaba en mi corta inexperiencia.

Y al rato entró a mi consultorio la secretaria de la guardia, con una sonrisa grande y un pedido pequeño. – *Doctorcito, afuera hay un hombre que no quiso atenderse con la doctora del consultorio de al lado y quiere que usted lo atienda ¿puede ser?*

- *¿Y que edad tiene ese hombre, más o menos?* – le pregunté, dándome aires de importancia, satisfecho porque alguien me eligiera.
- *Unos... cuarenta o cuarenta y cinco años, más o menos...* - contestó sorprendida ante el tenor de mi pregunta.
- *Seguro que es por algún problema de índole sexual, que no quiere tratarlo con ninguna mujer médica. Es lógico...* - agregué con animo tranquilizador y una firmeza propia del médico experimentado.



Cuando ingresó el paciente que había pedido por mí, me sentía muy seguro. Lo invité a sentarse y luego, comencé a preguntarle por su nombre, el apellido y el domicilio. Escribía mientras le hablaba del estado del tiempo y de cualquier otra cosa, buscando que se relajara. A los temas sexuales no se los puede abordar a la ligera, deprisa y sin respetar el espíritu de confianza que debe imperar en estos casos.

Luego me quedé en silencio, aguardando que él impusiese su propio ritmo a la consulta, adaptándome con paciencia a sus necesidades. Mi imagen se reflejaba en los vidrios internos y me resultó muy satisfactorio, contemplarme con una mano cubriéndome la boca y la otra, apoyada serenamente sobre el escritorio. El mismo Freud, hubiese quedado satisfecho de haber contemplado este primer acercamiento tan profesional con un enfermo.

Resultó ser un hombre de cuarenta y tres años, de ocupación albañil. Sus manos finas y limpias, hasta cuidadas, no se condescendían con ese rudo oficio, por lo menos que lo estuviese desarrollando en el momento actual. Se me cruzó por la cabeza, la sospecha de que se tratase de un homosexual. Y también en ese momento caí en la cuenta que eran de él, esos ojos negros de hombre, enmarcados en unas espesas cejas, que se clavaron llamativamente en mi doctoral presencia, cuando ingresé a los consultorios. Desde la aparición del SIDA, el terror de padecer la enfermedad, hizo que muchos dilatasen su primer consulta.

El paciente no lograba serenarse. Tosió. Se rascó la espalda. Se alisó con la mano su pelo y volvió a toser, ahora tapándose la boca con la mano. A lo mejor – *pensaba y pensaba, intentando adivinar su diagnóstico* - fuera un caso raro de Sífilis terciaria, con lesiones destructivas que infiltran la piel, los huesos o el hígado. Recordaba los casos que pude observar en la Universidad, donde saqué como conclusión que la sífilis era la gran simuladora, con esas manchas que tienden a re - pigmentarse con el tiempo. Pero el consultante seguía sin hablarme. Si bien tenía mucha gente por atender, decidí no apresurarlo. Así lo establecían las guías aprendidas en la Facultad de Medicina.

Sin revisarlo, a la distancia, contemplé que uno de sus ojos estaba un poco más enrojecido que el otro. El hombre se movía en su silla, como intentando acomodarse.. No pude evitar pensar en la Gonorrea, desde que la promiscuidad tan alevosa, la ha transformado en una de las enfermedades de transmisión sexual más comunes, tanto en el hombre como en la mujer. – *yo Doctor, no se como decírselo...* - empezó por fin a hablar, logrando que el hielo comenzase a derretirse. Me eché hacia atrás en la silla, procurando demostrarle que para un médico experimentado, nada de lo que sea humano, le es extraño.

- *Mire, doctor. Yo me separé hace muy poco, porque tenía muchos problemas con mi mujer...* - comenzó hablando con rodeos, pero avanzando hacia el nudo central de la cuestión. Era indudable que la estrategia que yo estaba desplegando, comenzaba a surtirme excelentes resultados. Me propuse no olvidarme de la infección por Trichomonas, ese pequeño parásito hallado en la vagina y en la uretra del hombre, ampliamente expandido por el sexo sin control. Sonreí casi imperceptiblemente, buscando que él terminase de contarme su problema.



Y finalmente, lo logró. O lo logré. Juntó todas sus fuerzas, apretó sus labios, respiró hondo y mirándome fijo a los ojos, me dijo: - *Estoy sin un peso, doctor. Yo quisiera saber si usted... me puede prestar treinta pesos... Solamente por unos días. En la próxima consulta, yo se los devuelvo. Pasa que mi madre esta muy enferma y no tengo plata para comprarle los remedios...*

Todavía me pregunto, porque se los habré prestado. Quizá fue porque me dio vergüenza de tener tan mal ojo clínico. O quizá, porque me sorprendió. O acaso pensé que si me los pedía, era porque realmente los necesitaba... No me queda claro.

Ya pasaron siete meses. Acumulé muchísima experiencia. Pero no creo que me los devuelva...

*Fin*